

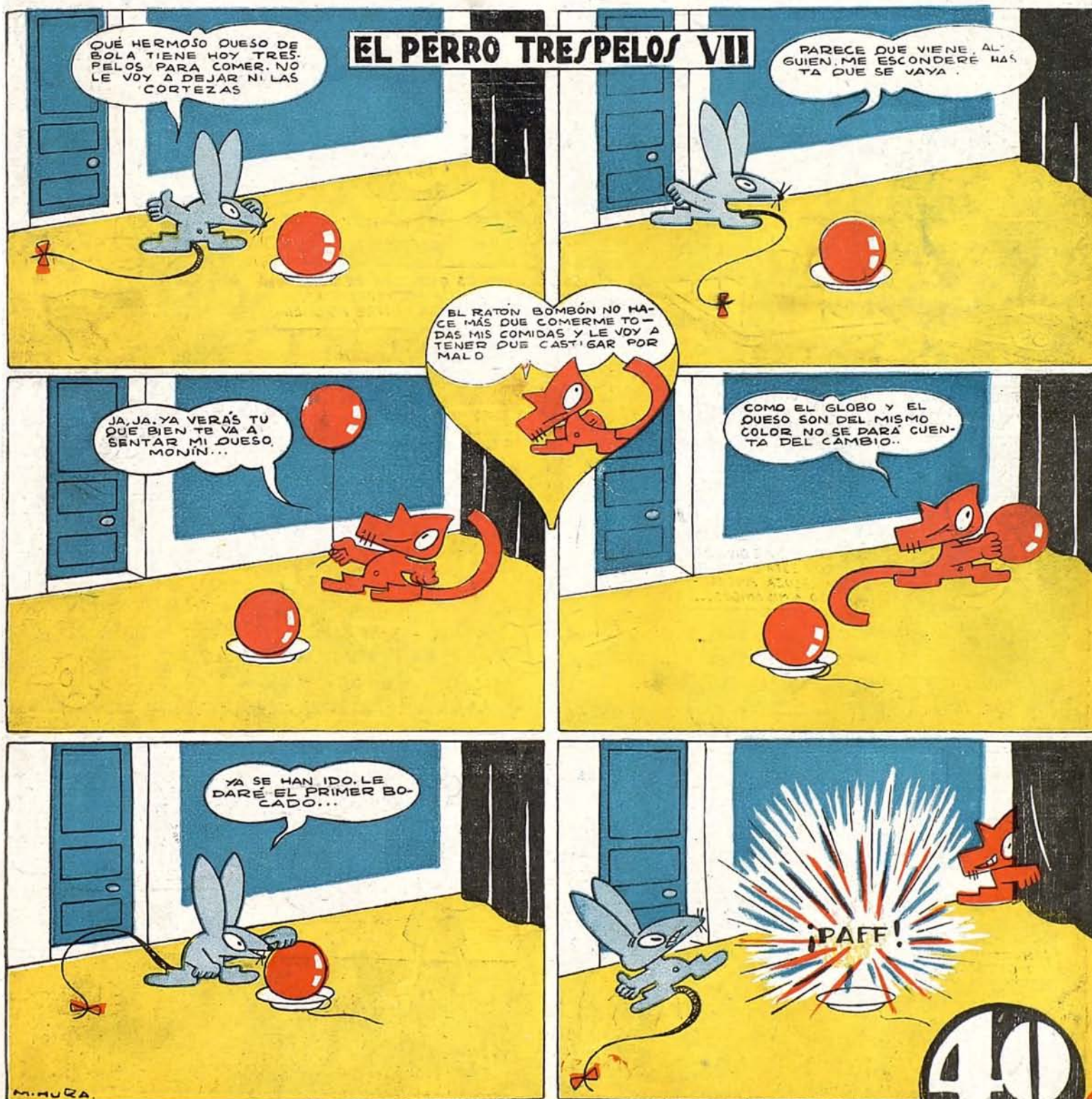
el perro, el ratón y el gato...



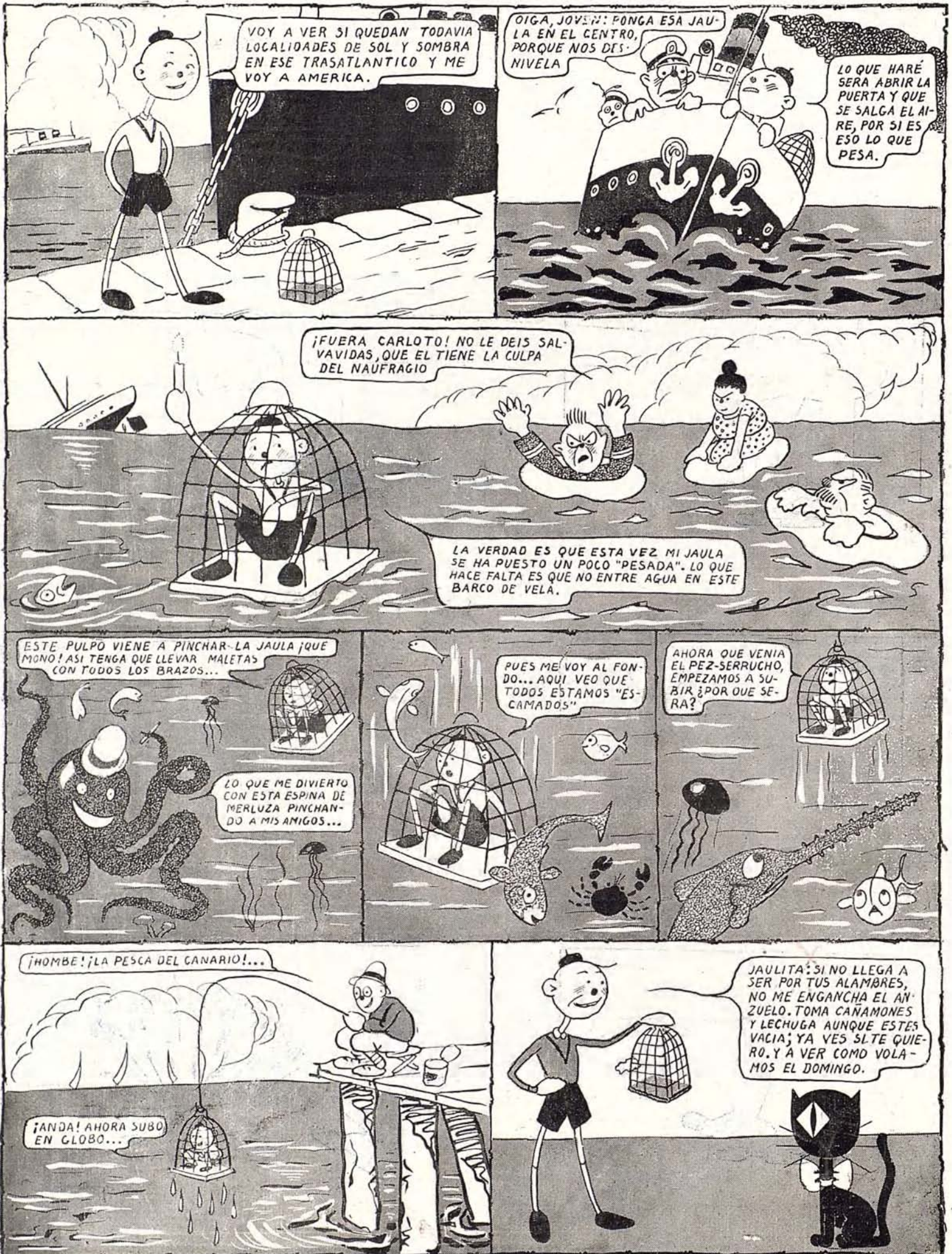
semanario
de las niñas.

7

los chicos los bi-
chos, las muñecas



El Niño Carloto Perra Va a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OSCAR

El Eco de Villacaballos



Núm. 1.-VILLACABALLOS DE CARTÓN.-12 de julio

COSAS DE ANIMALES

DON TIGRE

Don Tigre es una fiera que suele vivir en la India, al amparo de las selvas y los altos juncales. Tiene ojos claros, casi amarillos; las rayas negras, tan características; garras potentes y un rabo fuerte capaz de tirar casi una estatua de bronce.

Para cazar se arrastra silencioso, como cuando los chicos van por el pasillo a coger fruta del comedor sin que les sientan. Y cuando llega al buey, ciervo, jabalí, etc., le echa una garra a la garganta y otra al hombro, y ya no se mueve. Pero no salta sobre la víctima.

Don Tigre suele tener miedo al hombre si no es que el hombre le hostiga para librar sus ganados. Y cuando se ha comido alguna vez una persona, le ha gustado mucho, y en un año, en Bengala, los tigres se comieron 700 hombres.

A veces se les caza con liga, como a los pajarines, poniéndola entre hojas secas que se les pegan a las garras. Otras veces con redes y lanzas. Pero los cazadores europeos



se esconden en árboles o van sobre elefantes, poniendo cerca pedazos de carne cruda para que don Tigre acuda.

DON SANTIAGO TREN
(Profesor de Villacaballos.)

PERSONAJES DE VILLACABALLOS DE CARTÓN



En esta caricatura al alcalde se le imita, con su chistera, su barba, su bastón y su levita.

CUENTO

EL TORO MANDON

Pues, señor, una vez había un niño llamado José María, que tenía muchos juguetes, como loros, perros y ositos de trapo, muñecos articulados, caballos de cartón, patinetas, bolos y muchas cosas más, y como José María era un chico cuidadoso que todo lo guardaba en sus cajas, pues resultó que los juguetes jugaban con él alegremente, como jugaría otro niño.

El día de su santo le regalaron también un toro de cartón, que tenía buenos cuernos afilados.

Un poco de miedo les dió el toro a todos los juguetes, y entonces el torete se aprovechó para contar mentiras de su valor, y dijo que un mono de trapo vino una vez en un triciclo a pincharle con un sable de juguete, y a cornadas sacó el serrín del mono, pinchó las ruedas del triciclo y dobló el sable.

Contó también que una vez vinieron contra él tres cajas de soldados de plomo a defender a un príncipe hecho de china, al que el toro le había matado un caballo de cartón, y que como no podía cornearlos, se los comió, arrojando después las bayonetas como si fueran espigas.

Contó, por último, que unos bolos le tiraron las tres bolas de madera porque le tenían rabia, y dos se las quedó clavadas en los cuernos, y otra la cogió entre las astas. Y después, con ellas tres, les pegó a todos en la cabeza.

Con todas estas mentiras les hizo tener mie-

do, y se hizo el amo, y tomó una *pepona* de la hermana del niño para cocinera, un osito de trapo para botones y una *patineta* para automóvil, que el torito dominaba muy bien.

Pero lo malo es que le dió rabia que el niño mandara en los juguetes más que él, y una noche les dijo a todos:

—Es necesario que no volváis a obedecer a José María. Cuando él quiera jugar, los bolos os habéis de caer solos; las *patinetas* os torcéis para donde él no quiera; los muñecos de trapo os caeréis de sus manos, y las balas de boca de goma, de su tiro al blanco, no daréis nunca en el blanco. Y si no lo hacéis así, yo me entenderé con vosotros...

Esto les dolió mucho, porque estaban muy agradecidos todos los juguetes al cuidadoso José María, que no había abierto jamás en dos pedazos un caballo de cartón.

Un muñeco de los articulados por los codos, la cabeza, las rodillas y las caderas, pensó decirse todo al niño, pero no podía hablar el lenguaje de los hombres. Sin embargo, fué valiente, y decidió no hacerle caso al toro, pasase lo que pasase.

Vino José María; todos tenían este momento. ¿Qué iría a pasar?... El niño cogió su muñeco preferido, y no se le cayó, ni hizo más que lo que su amo quería. Jugó el chico con su muñequito un rato, y luego le llamaron para cenar.

Apenas había desaparecido José María, cuando el toro se fué con toda la velocidad de sus ruedas a dar una cornada al muñeco.

Pero... ya estaban preparados los que son buenos y fieles siempre: dos perros, dos lebreles de trapo y pelo, muy salados, que se agarraron a los *pitones* del torito con la boca.

El peso de la cabeza le hizo caer de hocico, y unos soldados de plomo le pusieron con pinchos estas palabras:

¡Vivan los juguetes simpáticos!

Luego le dejaron. Se vió el letrero en el espejo de un armarito de las muñecas, y como

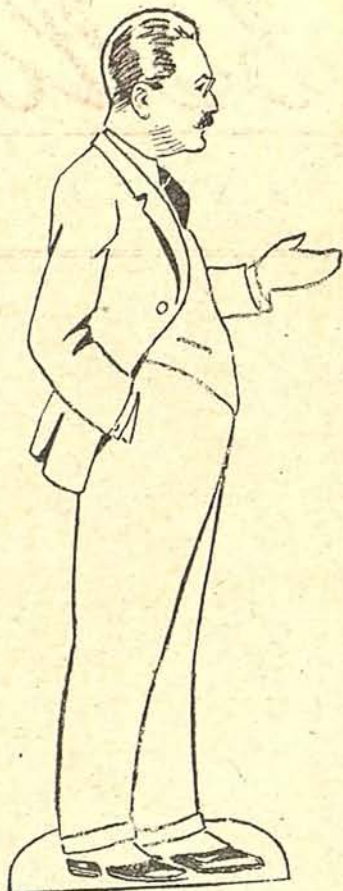


estaba marcado para siempre, se tuvo que hacer simpático por no hacer el ridículo. Y otra vez volvió a poner el hocico en el suelo para pedir perdón a todos los demás juguetes. Y le perdonaron.

MANOLITA CIENFUEGOS

Misterioso suceso en la Universidad

Sillas que se mueven solas



El jueves ocurrió un extrañísimo suceso en la Universidad de Villacaballos de Cartón. Estaba Mardoqueo, el bedel, limpiando con un plumero las esferas, y se entretenía en darlas vuelta, cuando de pronto vió que se movía una silla, y luego otra..., y luego otra.

Pálido, corrió por los claustros en busca del catedrático D. José, que estaba estudiando más cosas en la biblioteca, y le dijo:

—Venga usted a la clase de Geografía, a ver qué fuerza física está moviendo a las sillas aquellas, o si es cosa de duendes.

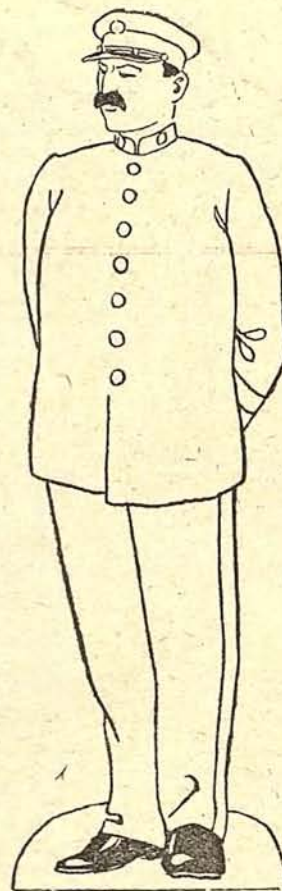
Entraron con cierto miedecillo, y cuando se iban a acercar..., ¡zás!, una silla que sale corriendo...

Cogieron una pistola, dispuestos a matar una silla de un tiro, y se acercaron.

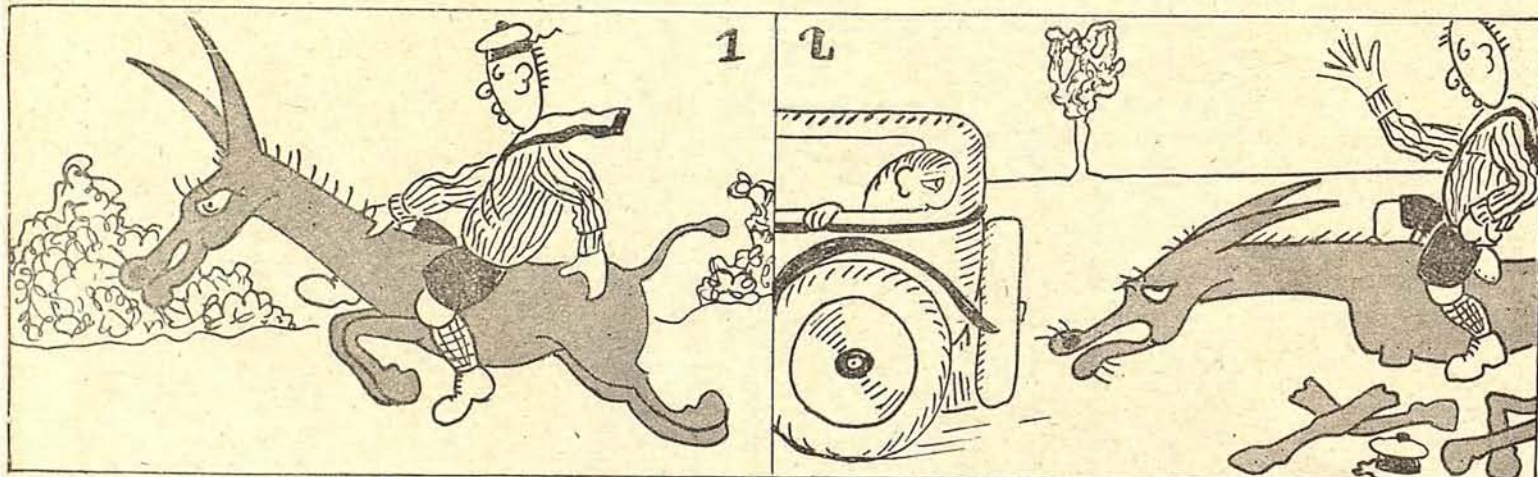
Y entonces se dieron cuenta de lo que pasaba. En la Universidad tienen un gato llamado *Zapirón*, que es amigo del gato *Adivino*, y éste le ha convencido de que no mate a los pobrecitos ratones.

Y no los mata, pero los castiga, atándoles el rabo de dos en dos. Por eso cuando salen corriendo, cogen a veces la pata de una silla y la corren de sitio.

Mardoqueo se ha tenido que purgar, del susto.

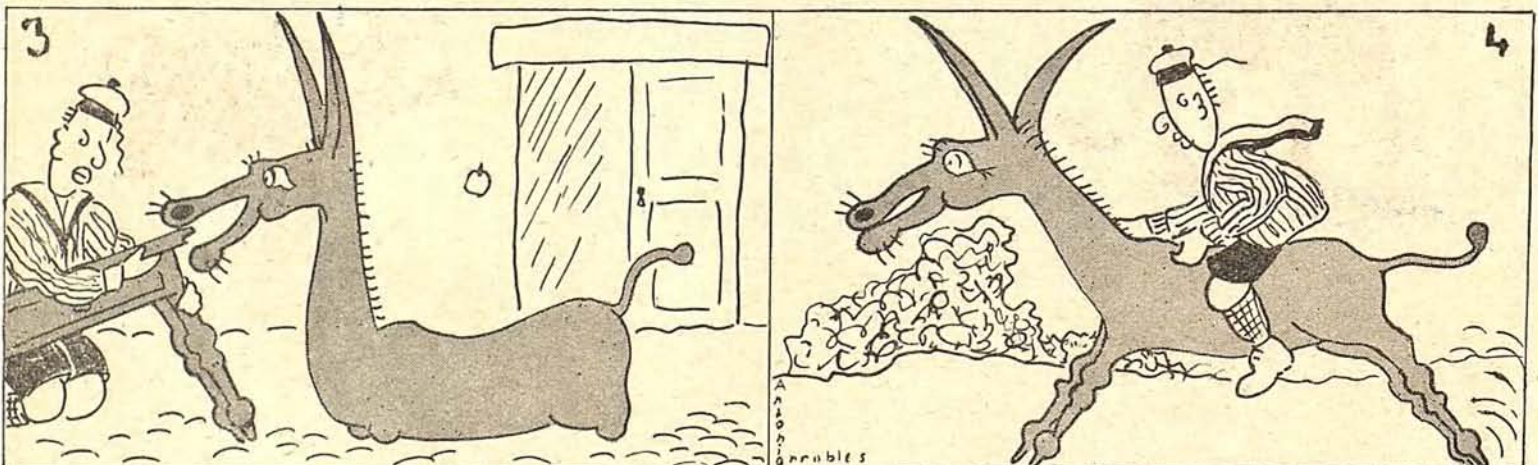


ALELUYAS DE LOS COLEGIALES DE VILLACABALLOS



El colegial Luis del Prado un burrito se ha comprado.

Y el "auto" de Juan Coneja sin sus patitas le deja.



Le hace comer al pollino una mesita de pino.

Y otra vez va el colegial en su burro colosal.

el perro,
el ratón y
el gato...

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

VII. ¡Qué canguro tan pequeñito!

Lo que yo me reí con mi amigo el canguro, eso no lo sabe nadie.

Cuando salí corriendo porque el elefante me quería coger con su caña de pescar, que es la trompa, un niño me quiso pisar el rabo, y hasta me deshizo el lazo.

Pero pude escapar, y me encontré de pronto en la jaula del canguro.

—Buenas tardes, señor—le dije.

—Buenas, señorito—me contestó.

—¿Qué me costaría alquilar una ratonera en esta jaula?—le pregunté.

—Nada. Usted pase, y lo que le convenga, úselo.

—Pues... muy agradecido, señor canguro.

Comí de su pienso, busqué un agujero tranquilo, y me salía a admirar al bicho aquel, que me chocaba bastante por su figura y su manera de andar, apoyándose en el rabo.

Era simpático, pero formal y amable.

Le observé, le observé atentamente, y cuando no me veía nadie, empecé a imitar sus andares. No me salía mal la imitación.

¿Verdad que los ratones nos parecemos un poquito a los canguros?...

Me hice su amigo íntimo, nos tuteamos, comíamos juntos, y me enseñó el bolsillo ese que tienen en la tripa para esconder a los hijitos.

Nos hicimos tan amigos, que un día le dije:

—Mira cómo te imito—y le imité.

¡Qué risa le dió al amigo canguro, diciéndome que lo hacía divinamente!

Me hizo repetirlo tres o cuatro veces, y se tenía que apoyar bien en la cola para no caerse de espaldas, por la risa...

Una tarde estábamos dentro de su habitación, que tenía una puertecita a la jaula, y sentimos que había mucha gente esperando para verle.

Entonces se me ocurrió a mí una gran broma: salir yo como si fuera el canguro.

Y salí, y hasta los señorones se llevaron el pego, y se oía decir a la gente:

—¡Qué canguro tan chiquitín!...

—¡Y huele a chocolate!...

—¡Y tiene cara risueña!...

—¡Y lleva un lazo en el rabo!...

—¡Y usa gafas negras!...

Esto se repitió muchas tardes, y hasta venían muchos niños sólo por ver un canguro tan chico; pero llegó una vez un sabio, que también tenía gafas negras; se acercó; me estudió detenidamente en medio del silencio de todo el público, y de pronto se volvió a la gente y gritó como un general:

—¡Guerra a él, que es un ratón que se burla de nosotros!

Y se metieron por entre los barrotes cien bastones, paraguas y sombrillas; pero únicamente logró asustarme un señor que metió un puño de bastón que imitaba la cabeza de un gato.

Pero ¡qué bien imitada estaba, Dios mío! ¡Qué susto!

Cuando entré en la habitación, el canguro estaba caído en el suelo, medio muerto de risa.

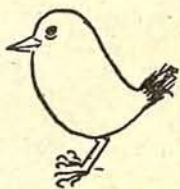
Luego estuvimos cenando juntos, sentados los dos frente a su abundante pienso, y no hacíamos más que recordar las frases y comentarios de la gente.

¡Qué días de alegría y burla pasamos los dos!...

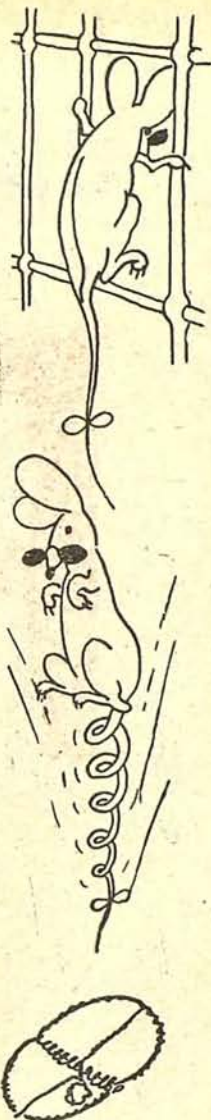
Claro que si yo tratara personalmente a mis lectores, seguramente lo pasaría también estupendamente con ellos.

Porque entre mis lectorcitos creo que los hay alegres como pajarillos, simpáticos y buenos como pajarillos... y enemigos de ponernos cecos, además.

Desde hoy, para saber lo que me va a pasar en el siguiente número, tenéis que leer lo que dice el pregone-ro, que viene en otra página.

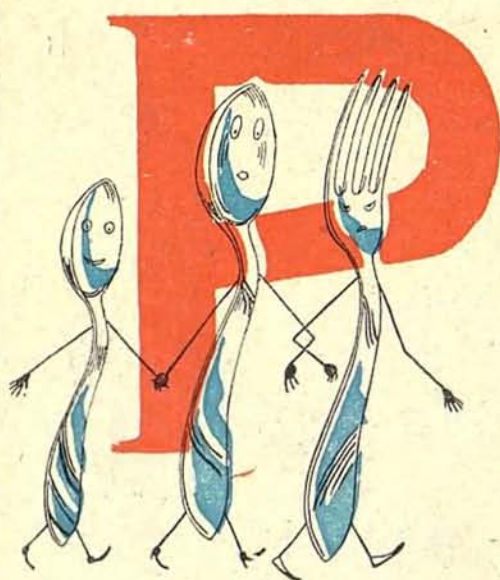


Un día vamos
a publicar
un número
chiquitín de
EL PERRO, EL RATÓN
Y EL GATO,
para los niños
de Villacaballos.



El señor don Tenedor, educado y protector

Cuento, por Antoniorrobles. * Dibujos de Oscar



UES, seño ésta era una familia com- puesta por don Tene- dor, doña Cuchara y la señorita Cucharilla.

Estos se- ñores de Cu- bierto—papá, mamá y ni- ña—estaban al servicio de

Marisa, y

Marisa era una niña exageradamente educada. Era una de esas niñas que si han de cruzar su calle para comprar aceitunas en la tienda de enfrente, se han de cambiar de traje y poner sombrero.

Resultaba que su mayor preocupación era la de comer correctísimamente, cosa que nos parece a todos muy bien. Todo eso se contagió a don Tenedor, a doña Cuchara y, sobre todo, a la señorita Cucharilla.

¡Cuánto les gustaba que se les cogiera elegante- mente, delicadamente y suavemente!

Una vez que comió en casa de la niña el glotón de su primo Pepe y le pusieron los cubiertos de Marisa, se incomodaron tanto éstos con sus modales groseros, que el tenedor le pinchó en los labios, la cuchara se vertió antes de tiempo para mancharle el traje, y la cucharilla se coló demasiado: llegó hasta la garganta, y por poco le hace arrojar. Todo lo cual lo hacían no por malos, sino, todo lo contrario, porque querían que toda la gente comiera correctamente.

Resultó que pasó el tiempo, que Marisa se hizo mayorcita y que ya no empleaba sus cubiertos, los cua- les quedaron arrinconados y aburridos en un rincón del cajón, sufriendo los empujones que les daban dia- riamente los otros cubiertos, que venían brillantes des- pués de la limpieza.

Entonces don Tenedor habló así a su esposa e hija:

—A las personas se les conoce por su manera de comer. El que come correctamente es una persona civilizada y educada. El que no come con educación es un salvaje que necesita cultura. ¿No es cierto?

—Así es, así es.

—Pues bien—continuó el padre de familia—: si queréis, y puesto que estamos cesantes, podemos cum- plir una misión...

—¿Cuál, papá?—preguntó Cucharilla.

—La de enseñar a comer a los animales: al gato, al caballo, a los tigres, a los osos, a los elefantes...

—¡Muy bien! ¡Magnífico!

Y así lo hicieron. Bajaron del cajón, y don Tene- dor, con sus cuatro fuertes pelos para arriba, y su mu- jer y la niña con sus grandes cabezas y sus caras en hueco, se lanzaron a proteger a los faltos de educación.

Por eso empezaron por el gato, en un momento en que a media noche fué a comer de su cacerola. Se pusieron los tres delante, y le dijeron:

—Mejor será que coma usted ayudado por nos- otros.

—¡Bah! No me hace falta.

—Pruébenos, que muy bien puede serle grato.

—¡Quite, quítese de tonterías!

—No sea bobito y pruébenos.

Tanto insistieron, que el gato cogió el tenedor y se comió las tajadas. Luego la salsa con doña Cuchara, y si le quedaron unas gotas en el fondo, las cogió con la señorita.

lba a lamer el cacharro, y don Tenedor le dijo:

—¡Ch, no haga usted eso, se lo ruego! Está feo.

El gato se contuvo, se azoró un poco y se marchó. Y a la noche siguiente, cuando fué a cenar, ya estaban allí los señores de Cubierto. Por eso comió otra vez con su ayuda. Y al otro día y al otro...

Y se acostumbró tanto y se hizo tan sumamente correcto, que cuando se cruzaba por el pasillo con Marisa la dejaba pasar primero a ella. Y cuando se encontraba algún ratón, le decía:

—Buenos días. ¿Cómo está usted?...

Don Tenedor y su familia habían dado buen re- sultado, y el gato estaba correctísimo para siempre.

Luego se fueron los tres a la cuadra, con el caba- llo, y tuvieron la misma discusión al principio que con el gato. El jaco exclamaba:



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

—¡Que no quiero! A ver si pego un pisotón en la cabeza a tu señora—le dijo al tenedor—y se la dejó completamente plana...

Insistieron, siempre por las buenas:

—No sea usted tontito, caballero—le llamaban caballero, en vez de caballo—; tome la cebada con mi hijita. Sólo una hijita de cebada...—que quería decir: una cucharilla de cebada.

Probó; le gustó chupar la plata mejor que el metal de los bocados.

Tomó más... Luego cogía la paja con el tenedor, como en el campo los labradores cogen la hierba



no se amedrentaba, puesto que se había propuesto conseguir la educación de aquellos bárbaros.

El tigre se preparó para salir de la cueva y dijo:

—Mira, esposa: tú educa como quieras a tus hijos; pero yo les haría que fueran fieras nada más...

—Sí, que sean fieras, pero no mal educados...

—Bueno, bueno... Digo que hagas lo que quieras—. Y el padre se fué y la dejó.

Quedaron la madre y los tres cachorros con los señores de Cubierto, y empezaron a ensayar.

Se comieron una cabra salvaje con el tenedor, y se



ba con el gran tenedor de dos púas que llaman horca.

Total, que a los dos días el caballo comía correctamente; y esto le educó tanto, tanto, tanto, que cuando iba Marisa en él y venían árboles con ramas, él se agachaba muchísimo, arrastrando casi la tripa por el suelo. Y cuando la niña quería pasar un arroyuelo en el jaco, él lo saltaba con un saltito cursi, muy ñoño, para que la damita que llevaba encima no se cayera.

¡Qué buena labor venían haciendo los señores de Cubierto! Por eso se fueron después al campo, a la selva, y cuando vieron una guarida de tigres..., decidieron entrar después de dudarlo, por el miedo.

El tigre vió brillar la plata, y los dejó entrar.

—Buenas tardes. Venía a decir a ustedes—exclamó don Tenedor—que no coman así la carne cruda, y que mejor es que lo hagan con mi ayuda y la de mi familia.

—Déjame de idioteces—dijo el tigre fiero.

—Pues yo creo que deben probar los niños a hacerlo, porque...

El tigre, de mal humor, se cansó de oír, y mordió a don Tenedor, sin dejarle terminar, y torciéndole un poco para siempre.

Entonces la hembra dijo:

—Quién sabe si a los niños puede gustarles comer con estos chismes. ¿No te parece que probemos?

—Tiene usted razón, señora—dijo el tenedor, que

tomaban la sangre con la cuchara y la cucharilla. Y cuando, al cabo de dos o tres días, la acabaron, el padre les trajo otra cabra... y se volvió a marchar...

Los pequeños tigres se hicieron correctos, y los de Cubierto se volvieron entonces a descansar al cajón otra temporada.

El tigre viejo murió; los otros enseñaron a todas las fieras de la selva el manejo del tenedor y la cuchara, y los monos pusieron una fábrica de cubiertos de madera.

Todos los bichos de la selva se hicieron elegantes y educadísimos hasta tal punto, que otros cuantos monos adquirieron en la ciudad muchos sombreros de copa, y se los compraban luego tanto los tigres como los leones, los elefantes y las cebras; y al pasar unos cerca de los otros, se saludaban con toda corrección. Gozaban con ello.

Marisa se casó; tuvo una niña que usaba la familia de don Tenedor para comer. Y un día fueron a comer al campo, y se llevaron un susto terrible al ver tigres, leones, elefantes, chimpancés y cebras...

Pero cuál no sería su sorpresa al advertir que todos, absolutamente todos, pasaban por su lado y se quitaban correctamente el sombrero.

Entonces don Tenedor, doña Cuchara y la niña Cucharilla se sintieron orgullosísimos de su obra de civilización...

el perro,
el patón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



El pre- gone- ro

Cacería de fieras
en Villacaballos
y el escondite
del ratón.



RESPETABLE público:
De orden del Excmo. Sr. Al-
calde de Villacaballos de Cartón, todo
"ciudadano" de menos de quince años
está obligado a leer el próximo número
de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, que
contiene algunas cosas de gran maravilla.

La historieta del pintoresco "Trespel-
los" es de las más graciosas, y en ella
el perro pone algunas posturas saladísi-
mas. Como que un día vamos a regalar
a todos los lectores un retrato de "Tres-
pelos", casi de tamaño natural.

Interesa a los valencianos especial-
mente el número próximo, porque Botón
del Aire se va esta semana a tan bella
ciudad levantina. Al príncipe "Pp" y
al manco Don Dedos les pasan aventu-
ras graves, pues al uno le cazan a lazo
y al otro le muerde un perro.

También se publica el "Juego de los
chistes", con el que los chicos se van a
divertir muchísimo.

Con el "Juego de los Chistes", los lec-
torcitos van a pasar ratos verdadera-
mente estupendos. Y no debía decir lo
que viese en Villacaballos, para que os
llevarais una gran sorpresa; pero, en
fin... viene... una gran cacería en las
selvas: los cazadores (entre los que van
un muchacho y una joven, hermanos),
los negros y las fieras... ¡Véanlo, seño-
res, véanlo, y veréis un niño negrito!...

Y no deje de leerse lo que cuenta el
Ratón Bombón, porque nos dirá el se-
creto de su escondite en la jaula del
canguro.

¿Quiere saber alguien el título del
cuento que publica el próximo núme-
ro?... Pues se lo diremos. El título es
una aleluya, como siempre, y esta vez
dice así:

El fantasma Federico
es, además, un buen chico.

¿Y quiere saber alguna niña algo de
lo que se cuenta de "Chin" y "Bely" el
sábado que viene?... No, no; la mucha-
cha no quiere que se sepa nada hasta
que sea el momento. Unicamente nos
deja que digamos que se habla de un
gran dirigible y de un periquito verde.

Por último, señores, os advertimos que
lo de Carloto nos parece interesante, y
que en "Respuestas de los Chicos" viene
dibujado un niño vestido de albañil, y
también un buzo y un pulpo.

He dicho.

Francisco de Quevedo, el glorioso ironista, era
madrileño.

Curiosi-
dades.

No hay mal que por bien no venga.
Los volcanes no sólo nos aterran con un aspec-
to infernal, sino que a veces han destruido pueblos
enteros, como si sus bocas fueran las bocas de un
terrible gigante maldito y perverso.

Pero no todo es angustia a su alrededor. Ter-
minada la actividad de su cráter o boca, las cen-
zas arrojadas comunican a los campos de labor
una extraordinaria fertilidad.

Se aumenta la riqueza de sus sembrados y la
hierba de sus prados.

Pero el perro Trespeloso decía cuando se lo contó:
—Si yo tuviera que arar esas tierras, segura-
mente que, con el miedo, haría torcidos los sur-
cos...

El pollo guín- da

QUERIDO Pepín: Ayer nos acorda-
mos todos los amigos de ti, por-
que lo pasamos muy bien haciendo ca-
rreras de bicicletas en la carretera don-
de está el hotel de Gonzalo. La bicicleta
ya está muy anticuada, pero no se aca-
bará nunca, porque en las ciudades muy
llanas es comodísima y todo el mundo,
sobre todo obreros, electricistas y todo
eso, las tendrán. Lo pasamos bien y yo
gané dos premios, que era una perra
gorda de cada uno.

Chico, me he enterado de que los
americanos en Hollywood, cuando hacen
películas sonoras, lanzan un globo cauti-
vo especial, y los aeroplanos ya saben
que no deben acercarse por allí, porque
si no saldría un ruido tremendo en me-
dio de las películas sonoras.

He dicho que así hacen las películas
los americanos en Hollywood... y he exa-
gerado. Eso de que lo hacen los ameri-
canos... es un decir. El otro día me re-
fería quien lo sabe, que George Fitmau-
rice, nacido en Francia, de padres ingle-
ses, que ha vivido siempre en la India y
que se ha nacionalizado alemán, dirige
a la mejicana Dolores del Río, en el es-
tudio americano de Hollywood, en un
argumento de autor australiano y de
ambiente ruso.

Salen a relucir en lo que te digo Fran-
cia, Inglaterra, la India, Alemania, Mé-
jico, Australia, Rusia y América. Ocho
grandes pueblos. Esto te demuestra dos
cosas: que no siempre hacen los ameri-
canos las películas americanas, y que el
cine es una cosa tan internacional, tan
de todo el mundo al mismo tiempo, que
hace que en una película se unan ocho
naciones distintas en espíritu.

El mundo es un pañuelo, Pepín.

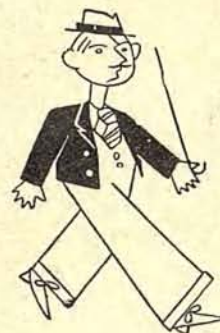
Me decías que te hablara de Charlot
todo lo que pudiera. Sé poco. Dijeron
que venía a España, porque le gusta
mucho todo lo español, pero por ahora
no podrá venir, porque anda atareado
con su cinta *Luces de la ciudad*.

Me dirás que ya hace mucho tiempo
que trabaja en ella; pero es que Char-
lot es así; mira: está trabajando, la
cosa va bien; pero de pronto no da con
un gesto o con un movimiento que le
pareciera perfecto, y, en vez de ponerse a
pensarlo y resolverlo aquella tarde, man-
da parar todos los trabajos, la gente
sigue cobrando, y él se va a su casa a
esperar que al día siguiente, o a los quin-
ce días, o a los tres meses, se le ocurra,
de pronto, sin pensarlo, cómo ha de
ser el movimiento, el truco o el gesto.
Charlot es así.

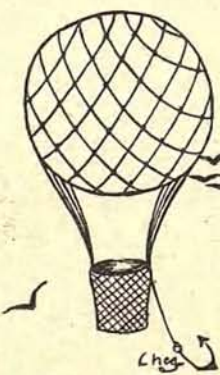
Ya te hablaré más de él. Ahora sólo
te diré que me he comprado una cor-
bata plata y azul, estupenda; pero no
me he atrevido a comprarme unos cal-
cetines de los mismos colores.

No dejes de mandarme chistes. Re-
cibe un abrazo de

El Pollo Guinda.



Un globo cautivo
que quiere decir:
"Se prohíbe
el paso
de aeroplanos."



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

La persona, el animal y el mueble.

LOS DIBUJOS INFANTILES.—Bases que habéis de leer con atención antes del envío, si no queréis que el dibujo vaya al cesto:

1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrupedo, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



78.—Alvaro Sierra.
Zaragoza.



79.—Alvaro Sierra.
Zaragoza.



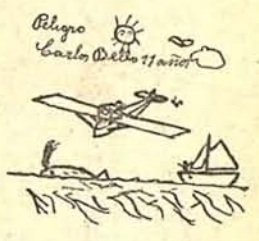
80.—Alvaro Sierra.
Zaragoza.



81.—José Fernández.
Arcila.



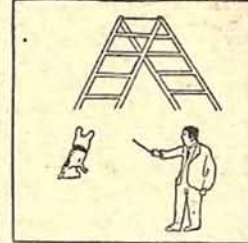
82.—Adalberto Hevia.
Arcila.



83.—Carlos Bello.
Madrid.



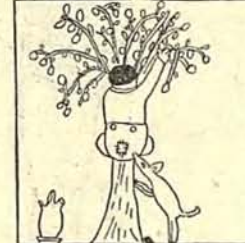
84.—Beatriz Puig.
Barcelona.



85.—Angel Marchena.
Cáceres.



86.—María Bago.
Madrid.



87.—Carolina Morazo.
Toledo.



88.—Carolina Morazo.
Toledo.



89.—Vicente Marín.
Valladolid.



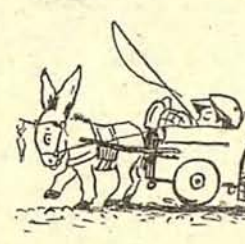
90.—Vicente Marín.
Valladolid.



91.—Carmiña de Diego
Bilbao.



92.—Julio Ortiz.
Madrid.



93.—Carmiña de Diego
Bilbao.



94.—Teresa Ayuso.
Madrid.



95.—Claudio Navarra.
Tarragona.



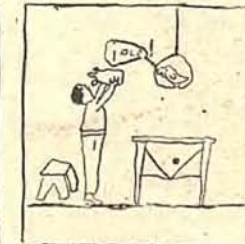
96.—Jerónimo Balsa-
lobre.
Cartagena (Murcia).



97.—María Inmacula-
da Jiménez.
Sanlúcar de Ba-
rrameda.



98.—José L. Carreras.
Sevilla.



99.—José L. Carreras.
Sevilla.



100.—Miguel Duarte.
Palomar.

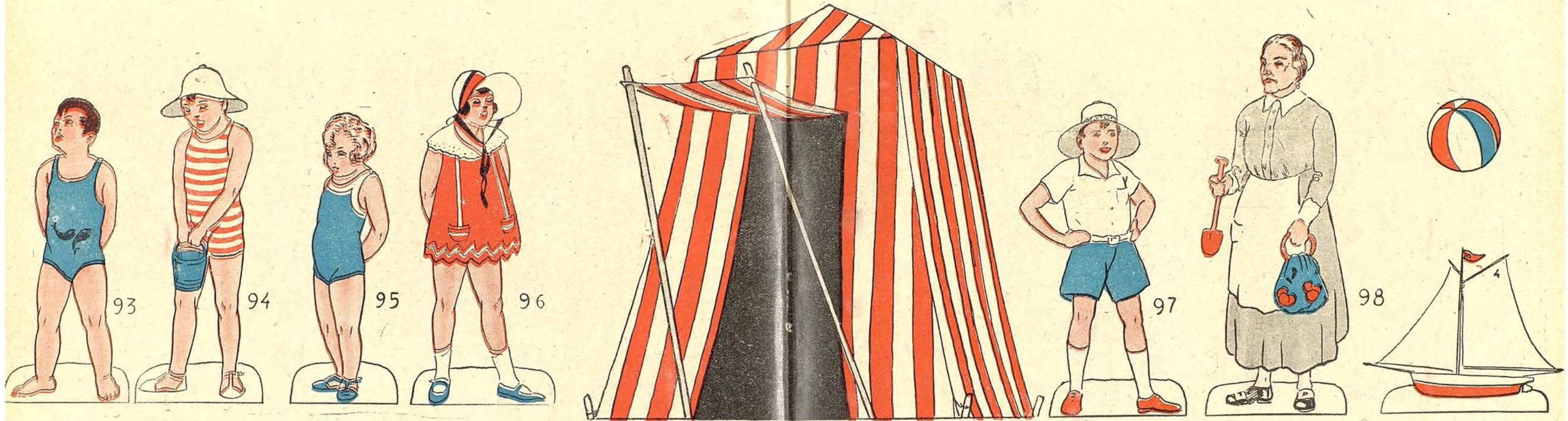


101.—Jaime Bellver.
Castellón.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

78. ¡Magnífico, querido Alvaro! Veo en ese mapa que España entera está pendiente de tu dibujo.—79. El baño del burro, ¡superior!—80. La sorpresa taurina. Estos tres dibujos pueden formar una Exposición Sierra.—81. ¡Oh, qué bello paisaje! Casi suena el agua, Pepito.—82. Estoy viendo que el muchacho dibujado por Adalberto está buscando la frase de Don Quijote.—83. La ballena está muy bien. Y el hidro, superior; pero superior.—84. No me chocha el miedo de esa muchacha, porque la araña está muy bien pintada.—85. Está tan admirable la escalera, que, lo mismo que el perro, subiría por ella una sardina en aceite.—86. ¡Allí están Chin y Bely! La he conocido, Marita.—87. El chiquillo dibujado por Carolina coge manzanas, y el perro... ¿qué fruta coge?—88. ¡Cómo le gustará al pez encontrarse esos pantalones a cuadros!—89. ¡Magnífico cuadro taurino el de Vicente, y gracioso el truco del botijo para que haya cacharro!—90. Esto ya es un dibujo muy serio y muy bien, Carmiña.—91. He aquí un cuadrito de asunto íntimo superiorísimo. Sobre todo, el perrillo.—92. Bueno, ese burro tirando del sillón es un juguete o un jugueteo muy simpático.—93. Ese dibujito es rico, rico, y hasta son graciosas esas aspas de molino que lleva la niña por lazo.—94. ¡A caer todo el mundo! Que va a cantar el mozo pintado por Claudio.—95. Está tan bien dibujada el agua de Jerónimo, que me está dando envidia el perro.—96. A una niña como la de Inmaculada, se la obedece a gusto, como lo hace el gato "Félix".—97. En un dibujito tan chico, y qué bien se conoce que la dueña del loro monda patatas.—98. Otro loro del mismo Joselito, y otra buena obra.—99. Don Miguel ha hecho aquí un superior apunte muy delicado y muy fino, de cosas americanas.—100. Donde menos se piensa, suena un aeroplano..., y una niña bonita por detrás de la tapia. ¡Bien, Jaime, bien!

Todo el pueblo de Villacaballo de cartón



LA FRASE

DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 7 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 ó 42 de esta serie.)

PLIEGO SEPTIMO.—93. Aquí está Manolito en la playa. Al principio lloraba al meterse; pero ahora es capaz de irse cogido al rabo de un submarino.—94. Chiquito, que un día se encontró en el agua un botijo taponado y dentro un muñeco de trapo.—95. Amalia, chiquitina y rubia, que un día la mordió un cangrejo y fué ella y le pegó cuatro azotes.—96. Teresita Fernández, que un domingo se metió vestida en el agua, creyendo que ya se había puesto el traje de baño.—Una caseta de la playa.—97. Joaquinito, que le da mucha rabia el hacer barquitos de papel, y que en vez de llevárselos el mar, se los devuelve.—98. Timotea, ama seca de Amalita, que una vez se tuvo que meter en el agua hasta las rodillas, por salvar un sombrero.—El balón que se pinchó con un pelo del bigote de un guardia y la barquita donde Chiquito pone soldados de plomo.—99. Trotapoco, el burro que cuando tropieza disimula como si fuera a buscar hierba.—100. Enrique, que una vez se cayó de Trotapoco, y también disimuló diciendo que se había bajado.—101. Tino, que monta en burro y hace con que monta a la inglesa por presumir.—102. Chunita, que grita demasiado cuando monta en burro, pero paga con azúcar a los jumentos.—103. Don Casiano, que le gustan los días de campo y los bigotes grandes.—104. Su esposa, doña Leonor, que en el campo hace el arroz mucho más rico que en casa, pero tarda un poquito, y los chicos pasan mucha ham bre.—105. Cantaclaro, el asno que más ha rebuznado en la vida, y que un día, en un descuido, se comió todo el arroz, que estaba reposando.

EL GATO ADIVINO

Cupón D para el envío de las soluciones correspondientes a los números 5, 6, 7 y 8.

p a
p á

y

m a
m á

Cosmópolis
LA MEJOR REVISTA DE LUJO
1 peseta

y

y

m a
m á

p a
p á



y

y

—Mi papá y mi mamá leen siempre COSMÓPOLIS
—Pues mi papá y mi mamá leen siempre LA_RAZA

LA RAZA
LA MEJOR REVISTA DE ACTUALIDAD
40 céntimos

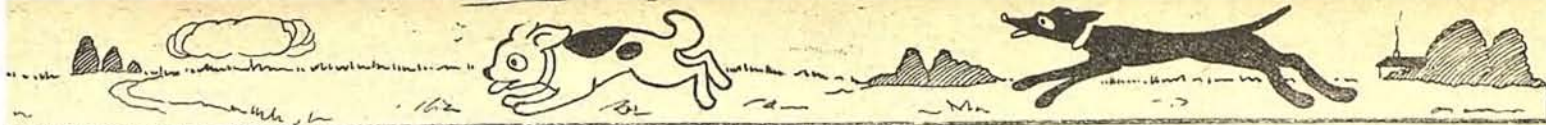
p a
p á

y

m a
m á

**el perro,
el ratón y
el gato...**

Ayuntamiento de Madrid



PUES, señor, el enano Tachuela, mueblista que tenía todos sus muebles con una chispita de magia, recibió la visita de un comprador.

Se trataba de un pollo *pera*, amigo del Pollo Guinda, que quería adquirir un armario para sus calcetines de colorines, sus camisas de seda, sus corbatas de fantasía y sus trajes de etiqueta y deporte.

Se lo llevaron a su cuarto, lo metieron por el balcón, lo colocaron, y una tarde entera pasó el pollo *pera*, que se llamaba Paquito Pluma, arreglando sus ropas en el nuevo armario.

A los dos días Paquito notó con verdadero disgusto que le faltaba un pañuelo de seda que tenía estampada una pantera comiéndose un sombrero de copa.

A los cuatro días notó la falta de un calcetín morado con rayas amarillas, que decía que era preciosísimo. Con el que le quedaba se tuvo que hacer una bolsita para el dinero.

Después le faltó un chaleco gris con rayas verdes, última novedad. Luego una camisa, que tenía por dibujo una rosa en una palmatoria... Y así sucesivamente.

No le valía poner uno, dos, tres, cuatro candados al armario, que aquello parecía una costura. No le valía quedarse en su cuarto las veinticuatro horas del día, los días que tuvo que hacer el repaso de examen... Le seguían faltando cosas lo mismo.

Pero notó que el armario (que estaba entre la mesilla de noche y la ventana y sobraba sitio) ahora empujaba la mesilla, estrechándola contra la cama, y no dejaba abrir bien la ventana. Así es que había engordado. Su espejo también había engordado, curvándose, y deformaba completamente las personas que se miraban en él.

Paquito Pluma supuso que Don Armario se estaba tragando lo que le dejaban en la enorme boca, y engordaba la madera y desaparecía todo, como nosotros engordamos y todo desaparece cuando comemos.

Entonces se le ocurrió una cosa. Se quitó una camisa y la dejó en el armario con los pasadores...

Fué a tragársela el mágico mueble, y al sentir en la garganta los dos puros pasadores de hueso se atragantó; el espejo se puso pálido, se overon unos esfuerzos, y de pronto se abrió el armario y salieron camisas, calcetines, corbatas, trajes... y hasta el pañuelo de la pantera y el sombrero, que fué lo primero que desapareció.

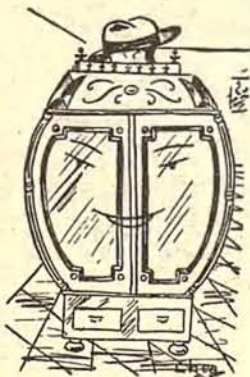
Luego le castigó Paquito metiendo los libros de estudio, para que se los tragara y sufriera unos días. Y así le quitó la gana de tragarse nada.

Lauro de la Sandía.

El mueblista



El armario mágico que se comía los trajes de un pollo "pera".



Yo, con mi cabeza de botijo, en medio de cincuenta niñas, es lo mismo que poner un ratón en medio de cincuenta gatos.

Y digo esto, porque cincuenta chicas se reían de mí y me pegaban caponcitos alegremente, a ver si sonaba a hueco. Claro que lo hacían porque yo me reía también.

Lo sucedido es lo siguiente: que yo me monté a las ancas en el caballo de escoba que gasta Cincomanos, y me fuí al puerto de Guadarrama, y que un poco más allá me encontré el Preventorio Infanta Isabel, y que me metí en el patio, y estuve hablando con una niña, que mientras no nos molestaron, me dijo:

—Esto es un preventorio. Cuando los niños y niñas de los pobres están un poquito delgados y pálidos, que necesitan aire puro y buenas comidas, los traen aquí. Porque como sus padres no tienen dinero, no los pueden dar muchos alimentos, ni los pueden sacar de las ciudades, que no tienen aire sano, y los chicos podrían caer enfermos.

—¿Y aquí se curan?

—No se tienen que curar, porque no están malos. Están flacos nada más. Y aquí se ponen fuertes y alegres.

—¿Y no les cuesta nada?

—Nada, absolutamente. Gentes ricas se encargan de pagar todos los gastos de alimentación, local y médicos. Aquí lo pasamos muy bien. Nadie nos quiere tanto como papá y mamá, pero aquí son buenísimos y pueden darnos todas las comodidades. Jugamos al aire libre, comemos cosas buenas, tenemos cincuenta camas muy limpias, y hasta nos educan las moniitas, a falta de nuestras madres... ¿Qué más podemos pedir?

—En eso tienes razón. ¡Y qué satisfacción y alegría debe producir a los ricos dar dinero para ésta y otras instituciones que protegen a los niños pobres y débiles! Yo se lo voy a decir a mis lectorcitos, para que si un día son gente rica, que sepan que la mejor cosa en que se puede gastar el dinero es en hacer lo posible porque los niños pálidos y delgados de los pobres sean niños alegres y fuertes. Y de esta manera se acabarán, al fin, los niños enfermos, aunque casi se puede decir que se van acabando ya; porque hace tiempo se veían bastantes y ya no se ven apenas, gracias a esta vida de deporte y de limpieza, que cada día se hace más.

En esto vinieron, como gorriones, todas las niñas, y nos pusimos a jugar todos.

El Mago Botijo.

—He notado que este año hay menos vacas en estos prados, ¿verdad?

—No tiene nada de particular. Están de capa caída las vacas. Ahora se toma mucha leche condensada.

—Oye, papaito, ¿es ciego Belmonte?

—No, hijo; ¿por qué lo dices?

—Porque te he oído decir que va "a tientes".

El mago botijo



Hay que hacer que los niños pálidos de los pobres sean fuertes y alegres.



Chistes de Pepín.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIETA DE LA SEMANA

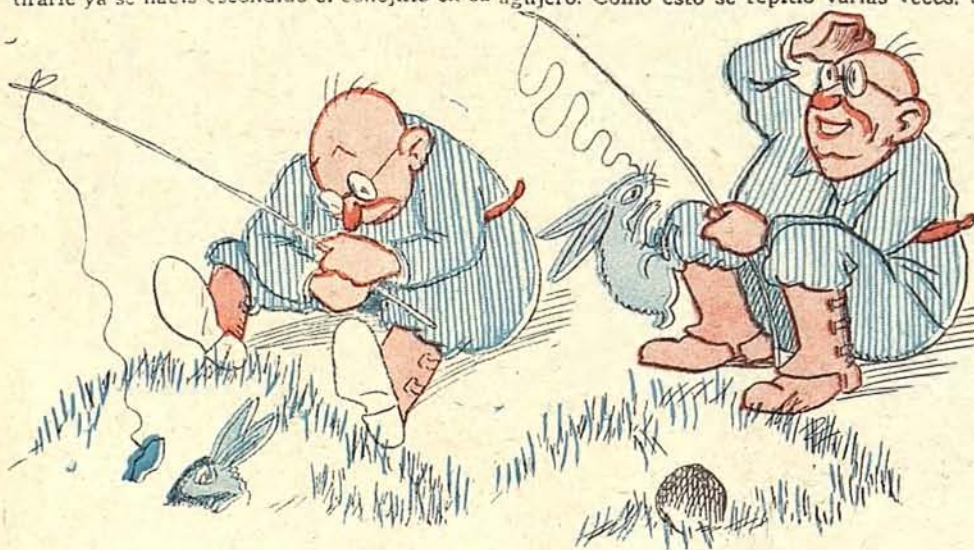
CAZAR PESCANDO



Don Crótido Gusano era un gran aficionado a la pesca, y quiso conocer las emociones de la caza. Pertrechado de todo lo preciso para un cazador, se lanza al campo, dispuesto a no dejar un conejo sano. Salta de sus pies uno, dándole un susto fenomenal; pero cuando quiso



tirarle ya se había escondido el conejillo en su agujero. Como esto se repitió varias veces, se le ocurre una idea. Coge una larga vara, y p-



niéndole una cuerda con un anzuelo y en él una hojita de lechuga, se sienta, con la paciencia de un pescador, detrás de una madriguera. Sale un conejo, huele la lechuga, pica y lo pesca. Y así llenó su morral de conejos

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los do- mingos

de «Chin» y «Bely»



Este domingo salieron la niña y la muñeca muy alegres, porque en casa del tío les habían dado de postre natillas, que les gustaban muchísimo.

Se encaminaron al bosque, deseosas de que hoy no hubiera penas ni males; deseosas de que todos los bichos estuvieran muy contentos.

Y al principio les salió bien la cosa, porque se encontraron a doce serpientes en una pradera jugando al corro, cogiéndose las unas a las otras con la boca las colas.

Y vieron luego doce gorriones juguetones, que jugaban a echar uno desde gran altura una flor y a ver cuál la cogía en el aire.

Y doce leones que hacían señales con las garras en el suelo y andaban a ver cuál saltaba más largo.

Claro que estos doce amigos, al oler carne fresca, dejáronse de saltos y salieron tras de *Chin* y *Bely*, que se salvaron gracias a que había un agujerito entre unas rocas, por donde cupieron las dos, dejando la niña un zapatito en las garras del león que más corría.

La sorpresa de *Bely* fué que cuando todavía no veían nada en la cueva, porque venían de la luz y aquello estaba oscuro, oyeron una voz que les decía con lenguaje de cabra salvaje:

—Buenas tardes, niñas.

—¿Quién hay aquí?—preguntó *Bely*.

Resultó ser un niño, un niño que no sabía hablar más que como las cabras, y que, por consiguiente, no

sabía lo que decía una medalla de oro que llevaba al cuello.

Una cabra de ojos muy bonitos contó a *Bely* lo que había pasado.

—Cierta día—dijo—pasaba por aquí una caravana de turistas, en la que iban hombres, mujeres y niños. Los leones, tigres y leopardos dieron una batida, y hubo tiros y rasguños, y muertos en ambos bandos. Yo vi desde una roca cómo los tigres se traían las personas muertas para luego comerlas, y cómo los hombres se llevaban los tigres muertos para sacar las pieles. La madre de este niño fué una de las víctimas, y como éste era tan chico, ni tigres ni personas le vieron, y tuve yo que ir a darle de mamar para que no llorara. Luego me le traje aquí, y le he criado como a mis hijos.

Entonces *Bely* vió en la medalla que era hijo de un Gran Duque inglés, y llevándoles a casa de su tío, a escondites de los leones, fueron enviados a Inglaterra el chico, la cabra y tres chivos que tenía; y allí el Gran Duque, que no hacía más que llorar, se llenó de alegría, y puso un profesor de inglés al niño, y regaló a la cabra un lindo prado, con su casita y todo.

Y *Bely*, para recordar siempre aquel descubrimiento feliz, regaló a *Chin* una cabra de Nacimiento.

Era una cabrita con manchas azules, a la que la muñeca cuidaba tanto, que ya la seguía sin cordelito ni nada, como si fuera de verdad.

Tinita.



el perro,
el ratón y
el gato...



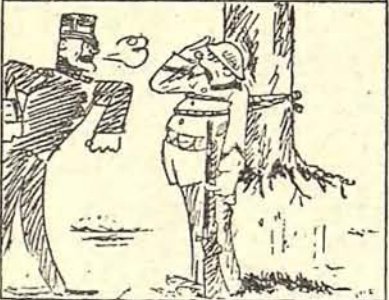
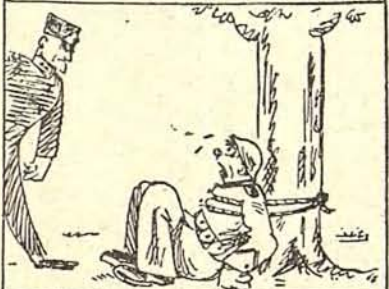
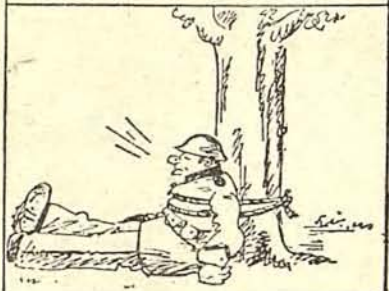
¿Quieres que digamos unos chistes a los lectorcitos?



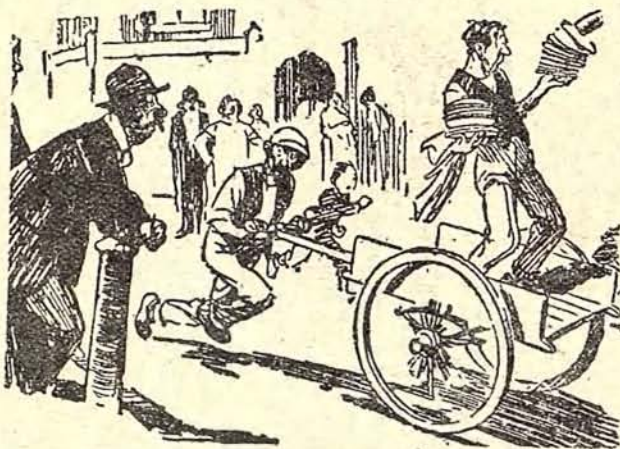
Has tenido una buena idea, queridísimo Don Trespelos.



DISCIPLINA

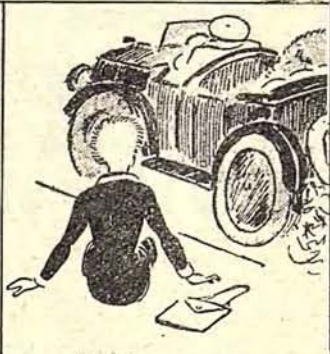


—¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué te ha pasado?
—Es que he estado enfermo.
—Y qué, ¿estás ya bien?
—El médico dice que sí; pero yo me sigo notando un poco de pesadez en la cabeza.



—¿Qué diablos haces, Pepe?
—Estoy dando unas lecciones a éste, que la semana que viene entrará como mozo de comedor en un vagón del ferrocarril.

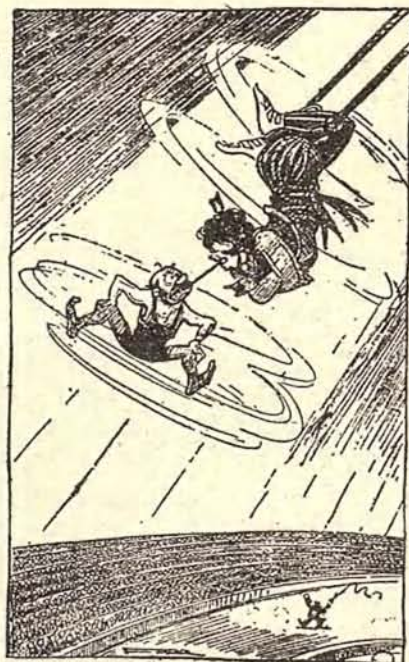
Con las pri-sas...



Tanta prisa tiene don Abdón por llevar a su esposa en el "auto", que se le escurre del gabán de pieles y sin querer la deja en tierra.



—Esta niña ya sabe francés y sabe mucha Geometría. Pregúntela y verá.
—Rica, ¿cómo se dice cuzara en francés?
—"Cuiller".
—¿Y en Geometría, cómo se dice?



—Lo siento mucho, maridito, pero no engo más remedio que estornudar. Da recuerdos a los de abajo.



—¿Qué vas a ser cuando seas mayor?
—Profesor.
—¿Te gustan las cosas de los colegios?
—Sí, señora; sobre todo las vacaciones.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

—¡Mientras estaba haciendo estas observaciones, mirando con el rabo del ojo todo el tiempo, note que me estaba mirando de la misma manera y con un interés igual en la apariencia al que yo tenía. Esta circunstancia hizo que nos miráramos de frente, sin procurar ocultarnos. El desconocido sacó una petaca de su "manga", y presentándomela con galantería, me dijo:

—¿Queréis fumar, caballero?

—Con mucho gusto—le contestó en español, al mismo tiempo que tomaba un cigarro de la petaca.

—Apenas habíamos encendido nuestros cigarros, cuando mi interlocutor me hizo esta inesperada pregunta:

—¿Queréis vender vuestro caballo?

—No, señor—le respondí.

—¿Aunque os ofrezcan un buen precio?

—Aunque me lo ofrezcan.

—Os doy quinientos duros por él.

—No lo vendo ni por el doble.

—Os doy el doble.

—Le tengo cariño, y no me tienta la ganancia.

—Lo siento mucho. He viajado doscientas millas para comprar ese caballo.

—Miré a mi nuevo conocido con asombro, y repetí involuntariamente sus últimas palabras.

—Entonces debéis habernos seguido desde el Arkansas—le dije sin salir de mi admiración.

—No, vengo de Río Abajo.

—¿El Río Abajo! ¿Queréis decirme que venís del Norte?

—Sí, señor.

—Entonces, señor mío, padecéis una equivocación. Os figuráis, sin duda, que estáis hablando con otra persona, y haciendo ofertas por otro caballo.

—¡Oh, no! Las hago por el vuestro, que es un caballo negro, de nariz roja, cola larga y abundante y, por último, es mezclado de árabe. Tiene una marca sobre el ojo izquierdo.

—Esta era la exacta descripción de *Moro*; al oírlo no pude menos de experimentar cierta sensación superstitiosa hacia el misterioso desconocido.

—Es verdad—le dije—; son sus señas. He comprado

—Con mucho gusto, caballero.

Sumamente complacido, me puse en pie con la joven, y un momento después nos confundimos entre las otras parejas del salón.

Volvimos a nuestros asientos otra vez, y después de tomar una copa de Albuquerque y un bollo, continuamos bailando. Este agradable programa fué repetido una media docena de veces, con las variaciones naturales de vals a la polka, porque mi pareja bailaba la polka tan bien como si hubiera nacido en Bohemia.

Llevaba yo en uno de mis dedos una sortija con un brillante que valía cincuenta pesos, la cual excitó la admiración de mi linda pareja. Como los ojos de ésta lanzaban miradas de fuego que iban ablandando mi corazón y el champaña estaba produciendo un efecto muy parecido con mi cabeza, empecé a pensar en si obraría con prudencia trasladando la sortija desde mi dedo pequeño hasta el más grueso de mi compañera, en el cual, estaba seguro de ello, se ajustaría perfectamente.

De pronto observé que un hombre de fiero aspecto me estaba vigilando sin cesar. Era un "lépero" que nos seguía con la vista, y a veces en persona, a todos lados de la sala. La expresión de su tostada cara significaba celos y venganza a un tiempo, lo cual fué notado por mi pareja; pero sin que, al parecer, le causara la más pequeña impresión.

—¿Quién es ese hombre?—le pregunté en voz baja una vez que pasó junto a nosotros.

—Es mi marido—me contestó con frialdad.

Volvió a correr la sortija hasta la raíz de mi dedo, y cerré la mano con fuerza, como si quisiera impedir que saliera de su sitio.

—Volvamos a beber—dijo, resuelto a separarme de mi linda pareja lo más pronto posible.

El aguardiente de Taos había hecho ya sus efectos entre los bailarines. Tramperos y carreteros se habían vuelto alborotadores y pendencieros; los "léperos", quienes llenaban la mitad de la sala, estimulados por frecuentes libaciones, por los celos, por odios antiguos y por el baile, tenían un aspecto más salvaje y sombrío. Las blusas de los cazadores eran favorecidas con preferencia por

Desde el momento que habia entrado en el salón habia estado sentada en la banqueta, con Saint Vrain a mi lado. Un hombre de un aspecto peculiar ocupaba un lugar junto a Saint Vrain; pero estaba medio oculto por la sombra. Habia visto a este hombre desde el principio, y él; como yo no le conocia, no le habia dirigido la palabra, y no pude examínarle bien hasta que mi compañero dejó de interponerse entre los dos y se ausentó.

Como nos encontrábamos el uno junto al otro, empecé a hacer una especie de reconocimiento "angular" de la cara y aspecto de aquel hombre que tanto me llamaba la atención. No era un americano; esto era claro al ver su traje; sin embargo, su tipo no era mejicano. Las líneas de su rostro eran demasiado atrevidas para un hijo de Moccuzuma, aunque su color, sin duda debido a la intemperie, era tostado y curtido. Iba afeitado, excepto la perilla y el bigote, que eran muy negros. Sus ojos, si no me engañaba la sombra que proyectaba sobre ellos el ala ancha de su sombrero, eran azules y de mirar dulce; en cuanto a su pelo, era oscuro, ondulado y con algunas hebras de plata. Estas señas no caracterizaban a un español, y menos a un hispanoamericano; pero para encontrar su nacionalidad me confundia su traje.

Las prendas que consistían este eran enteramente a uso mejicano, y consistían en una "manga" encarnada con una banda de terciopelo bordado en su borde. Como esta prenda cubría la mayor parte de su persona, pude solamente ver que llevaba debajo calzón de pana verde con botones dorados y terminados con piel estampada. Bajo éste se veían botas amarillas, armadas con grandes espuelas de acero, las cuales estaban fijas en su sitio por medio de una ancha correa que pasaba por encima del pie, participando de ese aspecto peculiar que se observaba en los cuadros de caballeros armados de la Edad Media. Llevaba un sombrero negro de anchas alas con un ribete dorado. Creí que aquel hombre quería ocultar su rostro en la sombra; sin embargo, no era feo; al contrario, era agradable y debía haber sido hermoso antes de que lo cubriera la expresión melancólica que habia llamado mi atención desde un principio.

apaches como los navajos se llevan a los niños cuando hacen sus grandes correrías devastadoras, y dicen los que tienen motivos para saberlo que se los comen luego. Se ignora si cometen este acto tan bárbaro como sacrificio a su dios Quetzalcoatl o solamente por gusto hacia la carne humana; no se sabe. No obstante su proximidad a esta ciudad, se les conoce muy poco. Pocos de los que han estado en sus ciudades han tenido la suerte de salir de ellas; como Godé no hay hombre que se aventure a cruzar la sierra del Oeste.

—¿Cómo lograsteis salvar vuestra cabellera?—pregunté a Godé.

—Es muy sencillo: porque no la tengo. Mi pelo me lo ha vendido un barbero de San Luis. ¡Mirad!

Al mismo tiempo que decía el canadiense estas palabras, se quitó la gorra y con ella lo que hasta aquel momento había creído ser una rizada cabellera y no era otra cosa que una peluca.

—Ya veis, señores—continuó en tono de buen humor—, que no era posible que los indios me agarraran por el pelo para separarlo de mi cráneo con sus cuchillos.

—Saint Vrain y yo no pudimos contener la risa al ver el aspecto entre grave y cómico del canadiense.

—Vamos, Godé—dijo mi amigo—, merecéis refrescaros un poco con este vino. Servíos.

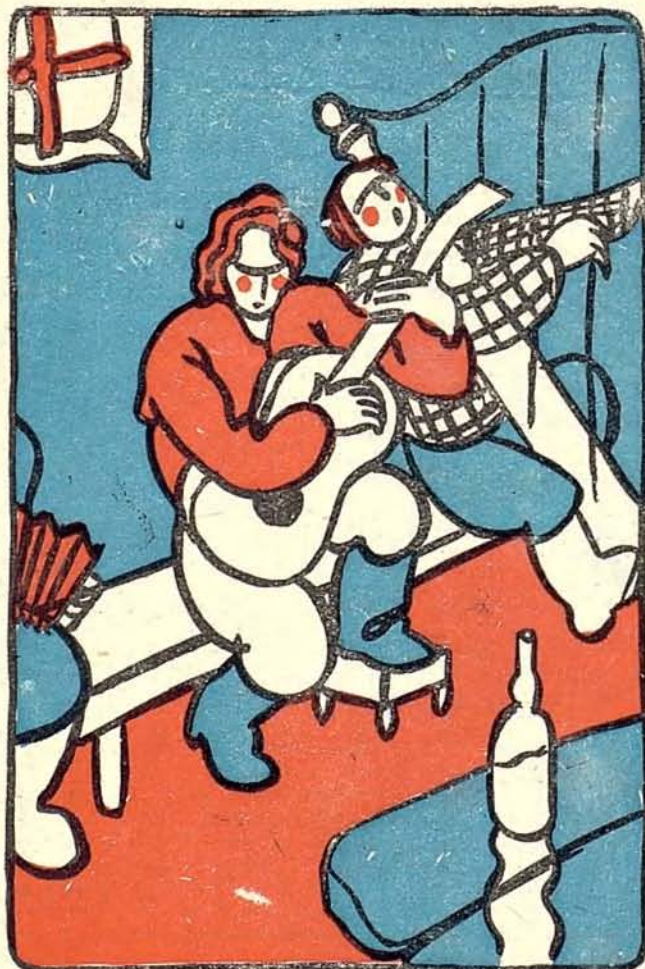
—Muchas gracias, Mr. Saint Vrain.

El sediento viajero bebió una copa del néctar de El Paso con la misma tranquilidad que si hubiera sido leche.

—Haller, tenemos que ir adonde están los carros. Los negocios primero, y los placeres después, tales como podemos encontrarlos aquí. Sin embargo, nos hemos de divertir en Chihuahua.

—¿Creéis que tendremos que ir a ese punto?

—Es seguro. Aquí no necesitan la cuarta parte de nuestras mercancías, y, por consiguiente, tendremos que llevarlas a otro mercado. Vámonos.



ese caballo hace muchos meses a un plantador de Louisiana. Si acabáis de llegar de donde decís, ¿cómo es posible que sepáis nada de mí ni de mi caballo?

—Dispensadme, caballero; no he querido decirlo eso. He ido al encuentro de la caravana con el objeto de comprar un buen caballo americano. El vuestro es el único que me ha gustado, y, por lo visto, es también el único que no se vende.

—Lo siento mucho; pero he puesto a prueba las cualidades del animal, y somos muy buenos amigos. Ninguna causa ordinaria me induciría a separarme de él.

—¡Ah!, no es una causa ordinaria la que me impulsó a comprarlo. Si tuvierais conocimientos de ella, quizá...!

¡Pero, no!...

—Mi interlocutor pareció vacilar un momento, y después de murmurar algunas palabras incoherentes, entre las cuales había alguna de despedida, se levantó con el mismo aire misterioso que le había caracterizado todo el tiempo y se retiró lentamente.

El sitio que había dejado vacío fue ocupado en seguida por una mujer joven, cuyo vestido de color brillante, camiseta bordada, zapatos azules, llamaron mi atención. Esto fue cuanto pude ver de ella, excepto alguna mirada de sus negros ojos a través de su reboso.

Por grados fue haciéndose más generoso el reboso y abriéndose cada vez más, hasta que dejó descubierto ante mis ojos admirados un rostro bonito y picaresco. El reboso continuó favoreciéndome, pues un momento después fue retirado con mucha habilidad por el lado izquierdo, dejándome vez un brazo desnudo y redondo, que terminaba en una mano pequeña y llena de joyas.

No soy muy atrevido; pero al aspecto de aquella tentadora pareja no pude contenerme por más tiempo, e incliné mi cabeza hacia ella, la dije en el español más correcto que pude emplear:

—Señorita, ¿queréis favorecerme siendo mi pareja en este vals?

La maliciosa joven inclinó primero la cabeza, poniéndome colorada; después entreabrió sus largas pestañas me dirigió una mirada, y con una voz tan dulce como el canto de un ruiseñor, me contestó:

CAPITULO VI

Una proposición y una puñalada.

Al llegar la noche esperé en mi habitación la venida de Saint Vrain. No tuve que esperar mucho tiempo, porque mi amigo abrió la puerta cantando, y entró, diciéndome: —¿Estáis ya listo?

—Aun no—le contesté—; sentaos un instante y esperad. —Daos prisa, que ha empezado ya el baile, según he visto al pasar. ¡Cómo!, ¿es ese vuestra traje de baile? ¡Ja, ja, ja, ja!—exclamó Saint Vrain al verme desdoblado un frac azul y unos pantalones oscuros, ambas prendas en bastante buen estado.

—Sí—le dije mirándole asombrado—; ¿qué falta le encontráis? Pero ¿es ese vuestro traje de baile?

El atavío de mi amigo no había sufrido el más pequeño cambio en lo que consistía de ordinario. Llevaba su blusa, las polainas y el cinto con su cuchillo y sus pistolas.

—Sí, señor petimetre; ése es mi traje de baile, ni más ni menos; y si queréis seguir mi consejo, no uséis otro que el que lleváis puesto en este instante. ¿Os parece que vuestro frac estará en armonía con el cinto y el "bowie"? ¡Ja, ja, ja!

—No veo la necesidad de llevar cinto ni cuchillo, y supongo que no pensaréis presentaros en el salón de baile con esas pistolas a la cintura.

—¿Dónde queréis que las lleve? ¿En las manos?

—Dejadlas aquí.

—¡Ja, ja! Eso sería un golpe de "novato". No; basta haber caído una vez en el anzuelo para vivir siempre en guardia. No me veréis ir a un baile en Santa Fe sin mis pistolas. Creedme, conservad vuestra blusa, las polainas y armaos. Este es traje de baile en este país.

—Puesto que me lo aseguráis, no tengo nada más que decir.

Volví a meter el frac en mi maleta.

Saint Vrain tenía razón. Al llegar al salón de baile, que estaba cerca de la plaza, lo encontramos lleno de cazadores, tramperos, mercaderes y carreteros, baladroneando cada uno a su manera. Entre ellos había muchos natura-

les del país acompañados por mujeres jóvenes, las cuales, a juzgar por sus trajes, eran "poblanas", o sea pertenientes a la clase más inferior de la sociedad, que es la única que puede encontrarse en Santa Fe.

Cuando entramos, vimos que la mayor parte de los hombres habían arrojado a un lado sus mantas para ponerse a bailar, y se presentaban con todo el lujo de terciopelo bordado, piel de color y botones pintorescos que los hombres, con sus faldas de colores, blancos cordinos y zapatos de raso, que lucían al bailar la polka; porque este baile famoso había llegado a aquella remota región donde no se conocían y se ignoraba que existieran el telégrafo y los caminos de hierro.

El salón de baile era alargado, y alrededor de sus tapas había una banqueta corrida, donde se sentaban los bailarines para fumar y hablar durante los descansos.

En un rincón se veía a media docena de músicos tocando el arpa, la guitarra y la bándola, acompañando a veces con la música una canción medio india. En otro ángulo había un mostrador donde se vendían cigarrillos y aguardiente a los sedientos bailarines, los cuales aturridos por una mujer joven, cuyo vestido de color brillante, camiseta bordada, zapatos azules, llamaron mi atención. Esto fue cuanto pude ver de ella, excepto alguna mirada de sus negros ojos a través de su reboso.

Por grados fue haciéndose más generoso el reboso y abriéndose cada vez más, hasta que dejó descubierto ante mis ojos admirados un rostro bonito y picaresco. El reboso continuó favoreciéndome, pues un momento después fue retirado con mucha habilidad por el lado izquierdo, dejándome vez un brazo desnudo y redondo, que terminaba en una mano pequeña y llena de joyas.

No soy muy atrevido; pero al aspecto de aquella tentadora pareja no pude contenerme por más tiempo, e incliné mi cabeza hacia ella, la dije en el español más correcto que pude emplear:

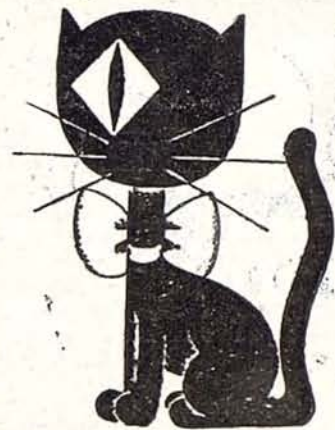
—Señorita, ¿queréis favorecerme siendo mi pareja en este vals?

La maliciosa joven inclinó primero la cabeza, poniéndome colorada; después entreabrió sus largas pestañas me dirigió una mirada, y con una voz tan dulce como el canto de un ruiseñor, me contestó:

—¿Dónde está la esposa del gobernador?—preguntó a Saint Vrain.

—Ha sucedido lo que me figuraba: no ha venido. Permaneced aquí mientras salgo; tardaré poco en volver. Sin darme más explicaciones, se desfiló Saint Vrain entre los concurrentes y desapareció.

página del gato adivino



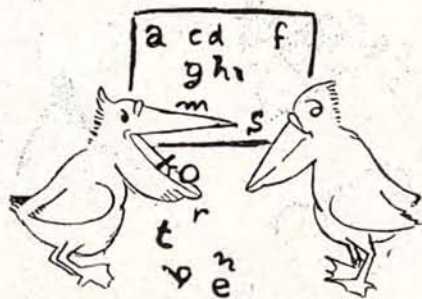
Cuatro números de pasatiempos dedicados a los bichos

Queridos colegas: Estamos celebrando un concurso de doce pasatiempos, repartidos en los números 5, 6, 7 y 8, y dedicados a nuestros amigos los animalitos, como podréis ver. No admitiremos de ningún modo soluciones sin el cupón, y habrán de llegar juntos los cuatro cupones de los números 5, 6, 7 y 8 y las doce soluciones. Regalaremos una preciosa Historia Natural y otros libros.

Dirección: Página del Gato Adivino. Apartado 33. Madrid.

LAS LETRAS Y LOS PELICANOS

Pasatiempo número 7



Los pelicanos Pif y Pof han entrado en su escuela en ausencia del maestro, y Pif se ha guardado en la bolsa del pico unas cuantas letras. Pero, a la vista de Pof, las devuelve, y resultan ser las letras siguientes:

A T N E E V N E B

con las cuales han conseguido formar el nombre ilustre de un moderno escritor español. ¿De cuál?

EL NUMERO DE LETRAS

Pasatiempo número 8



Anteanoche tuve una discusión con el gato Micifuz, que estaba empeñado en que no se pueden sacar más de tres nombres de bichos que tengan seis letras.

Yo le demostré que podían salir hasta cuatro de cuatro letras. Ahora, veamos cuántos lectores hacen igual que yo. No valen menos ni más de cuatro; las letras dobles (ll, rr, ch) se cuentan como dos, y no admito hembra y macho de la misma especie, ni plurales.

ERRATA:

En la línea 9 del pasatiempo 5, publicado en el pasado número, dice:

"No valen menos ni más de ocho".

Pero debe decir:

"No valen menos ni más de seis".

Lo que advertimos a nuestros queridos pasatempistas, rogándoles que perdonen al Gato Adivino.

CONCURSO DE POSTIN

La frase de Don Quijote

Averiguar en cuál de los tres capítulos XIX, XX y XXI, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"... yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tarde en venir."

Búsquense las bases en los números anteriores y el cupón en otra página de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bol-sito y 1.000 pesetas.

UN BICHO Y LAS INICIALES

Pasatiempo número 9



Con las iniciales de las cosas que se encierran en la primera línea vertical de cuadros se forma el nombre de un bicho de cuatro letras. Y con las iniciales de las cosas que encierran las líneas horizontales de cuadros se forman cuatro palabras de cuatro letras cada una.

Pero no quiero, de ningún modo, el envío de los significados de los dibujos.

LOS CABALLOS HUIDOS

(Pasatiempo de regalo)

Tres caballos quieren atravesar un río, porque saben que hay un león que los anda buscando. Inyentan una pequeña lancha conducida por dos perros, pero tan pequeña que en ella no pueden navegar más que los dos perros o un caballo. Con un caballo y un perro se hundiría. ¿Cómo atravesaron el río? Muy fácil:

Si llamamos *Lucero*, *Gallardo* y *Castaño* a los caballos, y *Moro* y *Sultán* a los perros, y todos están en la orilla A, pasan los dos perros a la orilla B, y el *Moro* se vuelve a A. Monta *Lucero*, pasa a B, y vuelve el *Sultán*. Vuelven a pasar de A a B los dos canes, se queda uno en B y regresa el otro para que pase *Gallardo* solo a B. El perro que estaba en B vuelve a A a recoger a su compañero, el cual se vuelve con la lancha. Entonces pasa el tercer caballo; el perro que estaba en B vuelve por su compañero.

Esto debe hacerse recortando en papel tres caballos, dos perros y una lancha.

LIBROS PARA LOS NIÑOS

LOS MEJORES, LOS MAS BELLOS, LOS MAS FAMOSOS
Y LOS MAS NUEVOS

COMPANIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES (S. A.)

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados 46 y plaza del Callao, 1, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla. 53742-13816-15338. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

respuesta de una muñeca



Hemos hablado con otra muñequita vestida a la manera del año 1850 aproximadamente.

—¿Cómo te llamas?

—Piñona.

—¿Estás contenta con tu dueña?

—Mucho. No sabe vivir sin mí. Es una chiquilla de siete años llamada Teresa, que no se duerme si no me meten en la cama a mí también con ella.

—¿Cuál es el animal que te gusta más?

—El pez de colores. Mi amita tiene dos en una pecera, y cuando me dejan sola me paso las horas enteras viéndoles moverse tan ligeros y con sus escamas tan bellas.

—¿Te han dado algún susto en tu vida?

—Sí, señor. Una vez rompió Teresita, sin querer, una patineta de su hermano, y éste, en venganza, me tiró al tejado, y hasta que me fueron a buscar pasé dos noches espantosas de miedo.

—¿Y por qué era ese miedo?

—Pues porque era el tejado de una casa vieja, con un nido de lechuzas, y había que ver cómo me miraban, y cómo brillaban los ojos... ¡Qué horror!

—Muchas gracias por tus contestaciones, Piñoncita.

(Dibujos de Alonso.)

EL MAGO BOTIJO